

LOS estudiantes en el Mayo cordobés

Horacio Crespo
Dardo Alzogaray

Horacio Crespo es investigador del
Centro de Estudios Avanzados,
Universidad Nacional de Córdoba

Dardo Alzogaray es profesor de la
Facultad de Filosofía y Humanidades
de la Universidad Nacional de
Córdoba

Córdoba la Docta, la ciudad civil, tiene motivos para reconocerse en esos momentos (la Reforma, los años '30 en torno a la figura de Saúl Taborda, la Córdoba del conflicto de los '60-'70, entre otros) en los que relampagueó una cultura de resistencia. Olvidados, amenazados de aniquilamiento por la fuerza de las armas han sobrevivido y vuelven por sus fueros. Reclaman el análisis profundo y exhaustivo que los restituya al entramado de las vicisitudes históricas, sociales y culturales de una ciudad que no gratuitamente aspiró siempre a ejercer una función particular y muy propia en la sociedad nacional y en los confines de Occidente.

José Aricó

Todos los testimonios coinciden en el significativo desempeño del estudiantado en las jornadas del Cordobazo. Los análisis posteriores se han detenido tanto en los aspectos sociológicos como en los más propiamente políticos de esa participación, aunque todavía no existe un estudio acabado del movimiento estudiantil cordobés en las décadas de los '60 y '70.¹ En este artículo sólo pretendemos trazar algunas hipótesis y ensayar uno que otro esbozo interpretativo acerca del papel de los estudiantes y su movilización en la crisis social de mayo del '69, en espera de ese "análisis profundo y exhaustivo" que reclamaba Aricó, que debería ser comprensivo de todas las expresiones sociales y políticas de la época y singularmente atento a la articulación tan particular entre cultura y política que caracterizó a ese periodo.

1.- Juan Carlos Agulla, *Diagnóstico social de una crisis. Córdoba - Mayo de 1969*, EDITEL, Córdoba, 1969; Francisco J. Delich, *Crisis y protesta social, Córdoba 1969*, Fundación de la Universidad Nacional de Córdoba - Centro de Estudios Avanzados, UNC, Córdoba, 4a. edición, 1994 (1a. Edición, Córdoba, 1970); Daniel Villar, *El Cordobazo*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971; Beba Balvé, Miguel Murmis, Juan C. Marín, Lidia Aufgang, Tomás J. Bar, Beatriz Balvé, Roberto Jacoby, *Lucha de calles. Lucha de clases. Elementos para su análisis: Córdoba 1971-1969*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1973.

La Universidad ha marcado en profundidad la historia de Córdoba. La fundación y el siglo y medio de acción jesuítica, la Ilustración con el Deán Funes, el positivismo creativo de Manuel Lucero, la Reforma Universitaria, las heterodoxias y la contestación de los '60 y '70, forman una hilatura que no por compleja y aun en cierta medida contradictoria deja de ser el fundamento de una rica tradición cultural que ha tenido gran significado —quizás no siempre valorado en su justa dimensión— en el entramado de la Nación. La vida universitaria se funde en forma inextricable en la vocación singular de la ciudad, entre frontera y encrucijada, cuya complejidad ha intuido con justeza José Aricó:

En realidad, si hubo una función que Córdoba desempeñó a lo largo de su historia, fue la preservación de un equilibrio puesto permanentemente en peligro por las laceraciones de un cuerpo nacional incapaz de alcanzar una síntesis perdurable. Es posible pensar que esta posición intermedia estuvo determinada por la situación de frontera en la que la evolución del país la colocó. En los confines geográficos de las áreas de modernización, la ciudad tuvo un ojo dirigido al centro, a una Europa de la que cuestionó sus pretensiones de universalidad. Pero el otro dilatava sus pupilas hacia una periferia latinoamericana de la que en cierto modo se sentía parte. De espaldas a un espacio rural que la inmigración transformaba vertiginosamente, Córdoba la Docta formaba las élites intelectuales de un vasto territorio que la convirtió en su centro. Punto de cruce entre tantas tradiciones y realidades distintas y autónomas, Córdoba creció y se desarrolló en el tiempo americano como un centro de cultura proclive a conquistar una hegemonía propia.²

Esta posición mediadora, de vasos comunicantes, ejercida a lo largo del proceso histórico, generó tensiones en sus diversas etapas. Tensiones endógenas a la sociedad cordobesa y contradicciones —a veces de alta intensidad— respecto del contexto nacional y en especial de la hegemonía ejercida por Buenos Aires. Una interpretación plausible del Cordobazo y de la secuencia posterior de estallidos sociales y políticos regionales tiene que asumir este último elemento como un rasgo importante de la explicación.³

En el análisis sociológico de Córdoba, resulta un tópico subrayar el peso cuantitativo y cualitativo de los estudiantes universitarios en la ciudad.⁴ Como se ha señalado, la importancia de la Universidad de Córdoba como polo de atracción de numerosos estudiantes del interior de la provincia, del noroeste e inclusive de Bolivia y Perú, ha tenido alcances seculares, y se percibe con fuerza aún hoy. Su asentamiento en pensiones, casas de estudiantes y colegios mayores ha dado fisonomía específica a barrios enteros de la ciudad, como es el célebre caso del Clínicas y, en menor medida en la década del '60, Güemes, Observatorio, Iponá y Alto Alberdi.⁵ Estos agrupamientos al-

2.- José Aricó, "Tradición y modernidad en la cultura cordobesa", *Plural*, 13, marzo 1989, Buenos Aires, pág. 11. El epígrafe pertenece también a este artículo, pág. 14.

3.- F. J. Delich, *op. cit.*, *passim*, en especial págs. 26-27, 30-31, 39, 57.

4.- J. C. Agulla, *op. cit.*, pág. 39.

5.- El fenómeno de concentración estudiantil en Nueva Córdoba es mucho más reciente. En la década del '60 y aun en la del '70, este barrio era, en su totalidad, residencial de clase media alta.

canzaron a dar un tono muy peculiar a dichos sectores urbanos, un "estilo de vida" que marcaba toda la cotidianeidad y que establecía fuertes vínculos entre los estudiantes y los habitantes de esos barrios.⁶

La presencia estudiantil en la ciudad no sólo se singularizaba por esta fuerte concentración de su asentamiento urbano, sino por la disposición de un casco céntrico de dimensiones reducidas en el que se encontraban algunos de los principales edificios y facultades universitarias. Acentuaba esta característica la cercanía a dicho casco del *campus* de la Ciudad Universitaria —que incluye el Comedor, punto de confluencia diaria de miles de estudiantes, en el que además se entrecruzaban en un *espacio franco* los alumnos de las diferentes facultades con empleados no docentes y docentes jóvenes— y del Hospital Nacional de Clínicas y su entorno habitacional. Esto configuraba una interacción fuerte con el conjunto de la sociedad en el espacio vital de la ciudad y hacía que cualquier movilización tuviera una inmediata repercusión.

Es sugestivo observar que un sociólogo como José Luis De Imaz, caracterizado en la época como neo-conservador,⁷ señalaba la existencia de una fuerte correlación entre agitación y mayor participación política de los estudiantes con la inmersión física de la universidad en la gran ciudad, a la vez que la existencia de *campus* universitarios extra-urbanos o el asentamiento de la universidad en pequeñas ciudades provincianas disminuía acentuadamente esta tendencia de acción política estudiantil.⁸ Más allá de lo acertado de esta hipótesis —demasiado apegada a un simplismo funcionalista— lo cierto es que la concentración estudiantil en el centro de la ciudad fue motivo de preocupación permanente de las autoridades, en particular en los periodos de gobiernos militares, que tendieron a trasladar la actividad universitaria a los predios del *campus*, y de la misma manera disolver el conflictivo reducto del barrio Clínicas.⁹

Una cuestión significativa, de gran influencia en el proceso político, sindical y estudiantil cordobés de fines de los '60 y comienzos de los '70, ha sido la *visibilidad* urbana de la industrialización, que había comenzado en la década anterior, y de su resultado sociológico más importante: la nueva clase obrera de los grandes complejos fabriles. El cinturón industrial era accesible a los activistas estudiantiles, a efectos de propaganda y coordinación de acciones, así como también los locales de los principales sindicatos —SMATA, LUZ Y FUERZA, UOM, según las afinidades ideológico-políticas de sus dirigentes— y el de la CGT, ubicado a escasas dos cuadras del Rectorado. De la

6.- La fuente más interesante para este tema es Miguel Bravo Tedín, *Historia del barrio Clínicas*, El Universitario, Córdoba, 1970.

7.- Francisco J. Delich, "Los que mandan, de José Luis De Imaz", *Pasado y Presente*, 7-8, octubre 1964-marzo 1965, Córdoba, pág. 240.

8.- José Luis De Imaz, "Juventud universitaria y política", *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, 2a. serie, año IX, 5, noviembre-diciembre, 1968. Este número publicó la "Memoria" del Sexto Curso de Temporada de la UNC realizado en abril de 1965 sobre el tema "La juventud argentina", bajo la dirección de Fernando Martínez Paz, págs. 798-799, en el marco del cual se dio la participación de De Imaz.

9.- Este efecto finalmente se logró, en lo que hace al Clínicas, durante el Proceso militar del '76-'83 por una combinación de factores: represión, nuevos patrones de vida de los estudiantes que derivaron en la disolución de las tradicionales "casas de estudiantes", apertura de la avenida Santa Fe, y se completó posteriormente con la instalación de la sede de la policía de la Provincia, centros comerciales, etc.

misma manera que ya señalamos para el caso de los estudiantes, la circulación sindical en el casco céntrico —lugar privilegiado para la exteriorización de la conflictividad política y social— repercutía de inmediato en la vida cotidiana de la ciudad y facilitaba a los universitarios sumarse participativamente a los reclamos y manifestaciones.

A esta particularidad de la ecología urbana, que transmitía a los estudiantes contenidos concretos inmediatos de la *condición obrera* y su problemática —lo que contrastaba notablemente con la visión mucho más teórica y abstracta que podía tener de la misma el estudiantado universitario de Buenos Aires, por su lejanía de los centros industriales, o el de otras ciudades menos expuestas a procesos de industrialización acelerada del tipo cordobés, o en las cuales la actividad era más tradicional (Mendoza, Tucumán, La Plata, Bahía Blanca, etc.)— deben agregarse otros dos elementos sociológicos que influyeron para facilitar la circulación entre estudiantes y clase obrera que caracterizó a todo el movimiento cordobés de ese periodo.

El primero de ellos fue el surgimiento en la década de los '60 del *estudiante-trabajador*, categoría que incluía un porcentaje elevado del total.¹⁰ En general, este tipo de estudiante estaba ocupado en el sector público o en el de servicios, pero aunque éstas no fueran actividades con perfil *obrero*, lo colocaba sin embargo en una situación social de doble pertenencia y facilitaba la circulación de problemáticas —en especial la sindical— que ya hemos señalado. Dentro de esta categoría también resultó muy significativo el estudiantado de la Universidad Tecnológica Nacional, sector que sí integraba a obreros industriales, especialmente metalúrgicos y mecánicos, que constituyeron un puente todavía más directo entre movimiento estudiantil y clase obrera y que —en algunos casos— contribuyeron en forma importante al desarrollo y consolidación del *clasismo* en los años inmediatamente posteriores.

Como segundo elemento, la clase obrera cordobesa era *joven* en una doble acepción. Como tal, desde el punto de vista de su constitución como sujeto social resultado de un proceso originado masivamente sólo en la década anterior. También lo era por la edad de la mayoría de sus integrantes. Hecho cargado de significación política potencial: la experiencia no pesaba demasiado, cierto tipo de conciencia política cristalizada tampoco, los prejuicios respecto de los estudiantes eran menores y la capacidad de diálogo y comprensión con ellos, también *jóvenes*, se acrecentaba significativamente.

La Reforma Universitaria de 1918 fue un hito significativo en la apertura a la participación política de los sectores medios, con vasto alcance y proyección en la vida latinoamericana. Como acertadamente señala Portantiero constituyó el núcleo ideológico más avanzado de la pequeña burguesía que irrumpía en el espectro social de algunos países importantes de la región, y la escuela de formación de las contraélites que disputaron el poder con las oligarquías en las décadas centrales del siglo.¹¹

10.- La proporción de estudiantes en esta condición era del 35 %, F. J. Dellich, *Crisis...*, pág. 93.

11.- Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918-1938)*, Siglo XXI Editores, México, 1978, pág. 14.

Dilatado espacio de ideas, actitudes éticas y militancia política, tiende un extenso arco que desde el *Manifiesto Liminar* de 1918 se proyecta hasta ser un elemento en la compleja conformación ideológica de la Revolución Cubana, pasando por Deodoro Roca, Alfredo Palacios, Víctor Raúl Haya de la Torre, Aníbal Ponce, Paulino González Alberdi, Saúl Alejandro Taborda y Julio Antonio Mella, entre muchos otros nombres destacados. La historia del movimiento reformista se entreteje vitalmente con la del pensamiento y acción de avanzada social y política en América Latina durante casi medio siglo.

El decreto 6403/55 dictado por el gobierno de la llamada "Revolución Libertadora" sentó las bases de un cambio significativo respecto del ordenamiento universitario vigente durante el peronismo. Lo central fue la recuperación de la autonomía universitaria y el cogobierno, el cual impulsaría a nuevas fuerzas a la palestra política, mayoritariamente enroladas en un consenso en torno a la validez de los postulados básicos de la Reforma.¹² La universidad intentó sumarse al proyecto de nación que desde fines de la década del '50 mostró rasgos de modernidad y de transformación en todos los órdenes. Pretendía constituirse en un polo de ciencia y tecnología, *apuntado* en el nuevo marco desarrollista, complementando la vocación democrática y de avanzada social definida con claridad por la primera generación reformista. Los científicos y académicos veían en ese momento la posibilidad de concretar el modelo de transformación y participación que la década del '60 auguraba como promisorio. Las ciencias sociales y el humanismo ocupaban un espacio creciente en el contexto de estas transformaciones.

La universidad y el movimiento reformista, en todos sus matices políticos, se abrían a una perspectiva de futuro y de imaginación, confrontando con las concepciones que aunaban la estrechez científicista, el apoliticismo y los criterios de autoritarismo y verticalidad en la gestión educativa. Se acentuaba, a la vez, una más decidida actitud de concretar la vinculación con el movimiento obrero como agente dinámico de transformación social y de asumir la visión continentalista y su fuerte impronta antiimperialista pregonada por la Revolución Cubana. Ciencia, tecnología, humanismo social, desarrollo económico y proyección continental autónoma, estaban presentes en el pensamiento y la acción universitaria, en una novedosa amalgama que resultaba atractiva para muy amplios sectores y se proyectaba con fuerza hacia el exterior de la universidad.

Tiene relevancia la consistencia de las formas democráticas en la conducción de la universidad expresadas en el cogobierno de profesores, estudiantes y egresados, que fueron eficaces en la canalización de la participación y expresión política de la comunidad universitaria y en la posibilidad de vehiculización de las grandes líneas políticas en el interior de la institución.

12.- Cabe mencionar que el decreto 6403/55 autorizaba en su artículo 28 la creación de universidades privadas en pie de igualdad con las públicas. Esto generó las movilizaciones de 1958 y la confrontación entre "laicos" y "libres", uno de los episodios más importantes de la historia del movimiento universitario moderno en el país.

Este modelo universitario no estaba exento de contradicciones y mostraba síntomas de temprano cansancio. El principal problema que se afrontó fue la masificación de la universidad. El incremento en la matrícula, presionó negativamente sobre la calidad de la enseñanza; el aumento de los egresados creó severas tensiones sobre las oportunidades ocupacionales de un sistema productivo acotado por un débil y distorsionado crecimiento; el acentuado carácter profesionalista tradicional de la educación superior en Argentina impidió una adecuación más acelerada de la universidad a las necesidades del desarrollo científico-tecnológico.¹³ Estas contradicciones se fueron agravando con el correr de los años '60, y probablemente hubieran conducido a una crisis importante por su mismo desarrollo de no mediar la abrupta intervención de la dictadura de Onganía en 1966. Sin embargo, en líneas generales podemos afirmar que el sistema universitario en los '60 había logrado un razonable punto de partida para al menos intentar su transformación y adecuación a los requerimientos de la sociedad, dentro de sus propias reglas de juego.

La dictadura de Onganía mostró escasa imaginación y evidenció una total falta de proyecto universitario, salvo el de la demolición de la universidad reformista construida entre 1956 y 1966.¹⁴ Instalado entre las presiones "cientificistas" y las "corporativistas" sólo atinó a aplicar un régimen marcadamente autoritario signado por el intento de eliminar toda acción política, cercenando la autonomía universitaria y liquidando el cogobierno. El mismo sociólogo De Imaz, entre otros, señalaba aun antes del '66 al cogobierno como una específica característica latinoamericana que exacerbaba la politización universitaria dirigida a finalidades extra-universitarias.¹⁵

La reacción a la intervención de las universidades fue el pretexto para el brutal alejamiento de un importante sector de intelectuales y científicos, ejemplarmente mostrado por la "noche de los bastones largos" en Ciencias Exactas de Buenos Aires, y por una fuerte represión en el interior del país cuyo emblema paradigmático fue el asesinato del estudiante Santiago Pampillón en las calles de Córdoba en septiembre de 1966. El rasgo ideológico dominante fue el de un anticomunismo a ultranza, que se extendió rápidamente a la represión de toda manifestación de oposición o disconformidad con el modelo impuesto, y que alcanzó expresiones ultramontanas y de rigidez formal rayanas en el ridículo, aunadas a un generalizado descenso en el nivel general de la educación impartida, autoritarismo académico y proscripción de las temáticas modernizadoras o críticas.

Además de los resultados objetivos producidos en cuanto al corte de las posibilidades de desarrollo cualitativo del sistema universitario, la política de *autoritarismo ostensivo* de Onganía¹⁶ fue vivida como una singular frustración por estudiantes e inte-

13.- J. C. Portantiero, *op. cit.*, págs. 17-ss.

14.- Roberto Roth, *Los años de Onganía. Relato de un testigo*, Ediciones La Campana, Buenos Aires, 1981, pág. 184; Salvador M. Dana Montaña, "La Universidad y el Movimiento del 28 de junio. Contribución al estudio de las bases de la futura ley universitaria", *Universidad*, 68, julio-setiembre 1966, Universidad Nacional del Litoral, págs. 17-96.

15.- J. L. De Imaz, *op. cit.*, págs. 799-800.

16.- Facundo Ortega, *Etat, régions et conflits sociaux. Argentine 1966-1973*, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Thèse de Doctorat de Troisième Cycle, Paris, 1980.

lectuales que vieron ahogadas sus expectativas individuales, políticas y sociales. Las dificultades del sistema educativo universitario y de inserción laboral, que ya mencionamos, fueron exhibidas abruptamente, sin las mediaciones y las posibilidades de consensuar salidas, transformaciones y expectativas que brindaba el sistema anterior. No debe subestimarse la carga de irritación e impotencia que generó en los medios universitarios el golpe de 1966 como un antecedente importante de las condiciones que impulsaron la participación masiva del estudiantado y de grandes sectores de intelectuales en la protesta social cordobesa de 1969.

Los acontecimientos que se desataron en Corrientes y prosiguieron en Rosario en las dos primeras semanas de mayo, constituyeron el detonante de la movilización estudiantil en Córdoba. Junto con las muertes de Cabral y Bello, que supusieron una carga emocional que difícilmente pueda ser sobrevalorada, el marco de los conflictos obreros locales contribuyó a que el clima social y político de la ciudad se mostrara muy tenso, en especial después de los sucesos del día 15 de mayo en el Córdoba Sport, donde la policía atacó de manera brutal, y sin justificación alguna, a los asambleístas del SMATA. La torpeza autoritaria exhibida sin pudor por el gobierno de Caballero, que en esos días instituyó el Consejo Económico Social de la provincia; organismo de neto corte corporativo y la demostración del mismo tenor hecha por el presidente Onganía en la reunión de gobernadores en Alta Gracia, contribuyeron a exacerbar aún más la irritación de los ánimos.

El primer elemento a subrayar en el movimiento estudiantil en las dos semanas previas al Cordobazo es la masividad de la participación. El grado en que los estudiantes respondieron a las primeras convocatorias de repudio a la represión en el litoral, sorprendió e inmediatamente desbordó a las organizaciones convocantes. En este sentido la masividad recuerda y supera a las logradas por el movimiento del '66, opuesto a la intervención de la universidad, pero hay un elemento diferenciador respecto a aquella que radicó en el componente de fuerte rechazo tanto de las estructuras gubernamentales, como de las organizaciones institucionalizadas del movimiento estudiantil que ya desde el '66 soportaban una aguda crisis. Delich establece acertadamente un nexo entre la pérdida de representatividad de los encuadramientos orgánicos tradicionales del movimiento estudiantil —centros y federaciones— con el cambio de organización de las propias instancias académicas, ya más orientadas a estructurarse sobre la base de *materias* y no por *años*, y más decisivo aún, al cambio del punto de atención desde las reivindicaciones gremiales internas de la universidad a las preocupaciones de política exterior a la misma, lo que naturalmente dio mayor peso, legitimidad y poder de reclutamiento a las organizaciones político-estudiantiles que proponían un programa de acción con el acento en esa dirección.¹⁷

La agudización de la crisis de los instrumentos clásicos de representación y la perspectiva del fortalecimiento de las instancias más netamente políticas que gremiales, fue también un efecto paradójico de la proscripción de los centros y federaciones de es-

17.- F. J. Delich, *Crisis...*, págs. 95-103.

tudiantes por la dictadura de Onganía, que aceleró así su descomposición y obsolescencia y empujó aún más a los cuadros estudiantiles al activismo político, que era precisamente lo que la dictadura pretendía detener en la universidad con aquella proscripción. En este sentido es muy perspicaz la opinión de Agulla en cuanto a que la combatividad y "contestación" del movimiento estudiantil contra las instituciones y el *status quo*, se modificarían sensiblemente cuando se produjese la institucionalización de una capa de dirigentes estudiantiles como "gestores" y "grupo de presión corporativa", lo que también un tanto paradójicamente se ha venido desarrollando desde la restauración democrática de 1983.¹⁸

Crisis de legitimidad de la conducción tradicional del movimiento estudiantil, tanto de la representada por la Federación Universitaria de Córdoba y los centros estudiantiles que eran sólo sellos proscriptos y vaciados de toda organicidad, como de las otras agrupaciones políticas, rápidamente señaladas con un dejo peyorativo como las *tendencias*. Tal es el caso de Integralismo, Franja Morada, Movimiento Nacional Reformista y la Agrupación Universitaria Nacional que respondía al pensamiento de Jorge Abelardo Ramos.

Las diferencias políticas fueron sobrepasadas por una fuerte conciencia anti-dictatorial expresada bajo la forma de anti-autoritarismo, que le dio una fuerte homogeneidad, lo que hizo que el movimiento estudiantil se expresara más como un movimiento social que como un movimiento restringidamente político. El peso específico que tuvo en las discusiones previas al Cordobazo la cuestión de la *organización para la acción* entrañaba el componente central de la conciencia estudiantil en ese momento: la reacción contra el autoritarismo. Esta se manifestaba naturalmente en el rechazo a la dictadura de Onganía y su forma específica, el *autoritarismo ostensivo* ya mencionado, pero en un segundo nivel se prolongaba en la negación a cualquier forma de autoritarismo, o lo que pudiera entenderse como tal.

De allí la desconfianza creciente hacia la propia organización del movimiento, en cuanto a que ésta pudiese implantar alguna forma de autoridad vertical, más allá de la muy limitada conferida en el hecho de la delegación de la representación. A tal punto, que cualquier forma estable de organización entrañaba inmediatamente para la conciencia mayoritaria de los participantes el riesgo de ese autoritarismo y era inmediatamente rechazada. Así surge el rasgo más peculiar de la organización del '69: la representación inmediata, revocable y directa de los delegados por curso que sólo podían expresar, en las asambleas generales, los mandatos acordados por sus compañeros sin poder introducir acotaciones políticas partidarias o de tendencias, que pudieran ser ubicadas como un particularismo proveniente del *exterior* del propio movimiento. Esta forma de democracia directa dio motivo al surgimiento de una dirección integrada por cuadros surgidos casi espontáneamente de la base que abrió las puertas a una nueva generación de activistas y a un campo propicio luego del Cordobazo para su reclutamiento por parte de las organizaciones políticas estudiantiles o extraestu-

18.- J. C. Agulla, *op. cit.*, págs. 41-45.

diantiles que se proclamaban como continuadoras de la rebelión de mayo. Este componente básico de democracia extrema es el rasgo distintivo del movimiento estudiantil en las dos semanas deliberativas previas al 29 de mayo.

Esta democracia directa concentró tres elementos. El primero fue la falta de experiencia política de un movimiento surgido con masividad en un muy corto plazo. Segundo, se postuló a través de la aguda apetencia democrática de control de la representación delegada. Tercero, potenció la desconfianza respecto a la posibilidad de manipulación política por parte de los actores del sistema político tradicional, que incluía tanto sus expresiones partidarias a un nivel general como sus extensiones políticas en el movimiento estudiantil.

Es importante subrayar que esta susceptibilidad estaba dirigida no sólo a los partidos políticos "burgueses" —así se los calificaba en la oratoria de la época— como el radicalismo, peronismo y otros, sino que en algunos sectores de peso se hacía extensiva la sospecha a organizaciones políticas de carácter clandestino y de signo ideológico de izquierda que se suponía existían.¹⁹ Por ello el auge de la caracterización de estudiantes *independientes*, o sea no vinculados orgánicamente a ninguna tendencia —en muchos casos condición *sine qua non* para ser elegido delegado—, y la crítica y el temor al *manijazo*, expresión que sintetizaba precisamente la sospecha de intenciones de manipulación para fines no expresados con claridad. Esto no significaba una censura a la posibilidad de tener opiniones políticas desarrolladas, libremente admitidas e inclusive sujetas a interpretación y discusión, sino a la *política* entendida como manejo de situaciones de control, de fuerza o de poder.

La interpretación oficial contemporánea al Cordobazo, mencionó insistentemente la presencia de "agitadores" extremistas profesionales e internacionales, que habrían operado en la organización y efectivización de las movilizaciones. El rector de la Universidad de esa época, Ing. Rogelio Nores Martínez, también se refirió a la acción en el movimiento estudiantil de agitadores con conexiones internacionales.²⁰ Estas apreciaciones eran totalmente infundadas y contenían una clara finalidad de descalificación de la acción popular, utilizando la retórica agresiva del anticomunismo oficial, con muy poco o ningún eco en la opinión pública. En realidad el interrogante se plantea en torno a cómo ciertos sucesos de la escena internacional contemporánea influyeron en el desarrollo de los acontecimientos, en qué grado y hacia qué perspectiva.

Para Delich debe evitarse la tentación facilista de comparar y establecer rápidas analogías entre los movimientos estudiantiles internacionales contemporáneos y los sucesos del '69 en Córdoba. Cuestiona, incluso, que pueda haber un componente común de lucha generacional en el movimiento estudiantil de fines de la década. Afirma: "la

19.- J. C. Agulla, *op. cit.*, pág. 44. Algunos de ellos han ingresado a una mitología de la rebelión estudiantil: los "comandos Pampillón" y los cuco, sigla con apelación humorística, cuya traducción sería "Comandos Unificados de Ocupación del Clínicas".

20.- Cf. declaraciones del ministro del Interior, Guillermo Borda, del gobernador de Córdoba, Carlos Caballero, y del rector de la Universidad Nacional, Rogelio Nores Martínez, en *La Voz del Interior* y *Los Principios* de las semanas previas y posteriores al Cordobazo.

protesta de los estudiantes de Berkeley, Praga y Córdoba tiene en común el carácter ocupacional de sus agentes, puede que incluso hasta el estilo de la acción, pero su contenido es muy diferente". Se trataría, según este autor, de "fenómenos [...] no asimilables".²¹ Insiste en la necesidad de estudiar pormenorizadamente el movimiento de los estudiantes argentinos, para recién en un segundo momento establecer analogías sobre la base de parámetros compatibles.

Si bien compartimos esta precaución metodológica, no puede eludirse el hecho de que la rebelión "juvenil" que se insinúa a fines de los '50 y que cobra una creciente e inusitada dimensión a lo largo de los '60, tuvo una entidad específica y fue expresión de un componente social, aunque difuso, generalizable, y que es necesario pensar en el marco de las nuevas alternativas sociales y de las condiciones particulares de Argentina y Córdoba. Los movimientos ideológicos y políticos del Tercer Mundo, sin embargo, se diferencian significativamente de los movimientos de los países centrales. Estos últimos no buscaron la organicidad política, y adoptaron una concepción de cuestionamiento global contestatario, sin derivar a una rápida estructuración organizativa en sus propuestas: la consigna de "la imaginación al poder", constituyó en palabras de Aron un "terremoto de las organizaciones y de las jerarquías", pero como el mismo autor intuyó con agudeza se agotó en sí mismo sin una verdadera proyección hacia la reforma o el cambio estructural de la sociedad.

Un rasgo original del movimiento estudiantil del '69 fue el ejercicio de la crítica a la organización, contenidos y práctica de la enseñanza. Es cierto que esta línea de acción estudiantil podía exhibir viejos pergaminos, ya que fue uno de los argumentos centrales de la Reforma en 1918, y el movimiento estudiantil reformista siempre manifestó una genuina preocupación por lo que se denominaba la cuestión de la *calidad de la enseñanza*.²²

Lo distintivo del '69 fue la radicalización de los planteamientos y el inicio de lo que podríamos llamar *acción directa* en muchas cátedras, escuelas y facultades, contra los profesores que eran considerados como los representantes más evidentes del *status quo* o la política de la dictadura en lo académico: mala calidad de sus conocimientos, desactualización, falta de pluralismo en los discursos, autoritarismo en la relación docente-alumno.

El antecedente más inmediato tomado como reivindicación fue el de la reincorporación de los profesores cesanteados en 1966, planteado con mucha energía en las asambleas previas al 29 de mayo en Filosofía, Arquitectura y Escuela de Artes. El fantasma de la "noche de los bastones largos" en la Facultad de Ciencias Exactas de Bue-

21.- F. J. Delich, *op. cit.*, pág. 73. La crítica de Delich estaba dirigida a las interpretaciones funcionalistas del tipo de las postuladas por Seymour Martin Lipset, manejadas aquí por José Luis De Imaz y Juan Carlos Agulla, que subsumían todo el contenido específico y político concreto de la acción de los estudiantes en una vaga generalización. Rescataba así la intencionalidad inmediata del movimiento estudiantil.

22.- Bernardo Kleiner, *20 años de movimiento estudiantil reformista. 1943-1963*, Editorial Platina, Buenos Aires, 1964, capítulos IV y VII.

nos Aires, fue agitado como ejemplo de la política de Onganía en la universidad, con sus consecuencias de alejamiento de lo más calificado del cuerpo docente, el cierre de las posibilidades de desarrollo científico, técnico y humanístico, y el asentamiento del perfil autoritario y represivo. La presencia de algunos de los profesores en las asambleas, fue un elemento dinamizador del planteamiento de sus reincorporaciones, desarrollado en forma paralela a un duro cuestionamiento a quienes ocuparon sus cátedras y a otros representantes del *establishment* académico.

Lo novedoso respecto de la práctica anterior del movimiento reformista estuvo dado en primer lugar por la masividad de la participación y la generalización de los reclamos a nivel de constituirse en una demanda general que abarcó prácticamente toda la universidad. Esto se potenció por el hecho de que este tipo de reclamos en torno a la situación académica no fue sólo una consigna general dentro de un "paquete" programático amplio —que era la forma usual en que se incorporaba anteriormente el problema, junto con temas tales como pedido de mayor presupuesto, las garantías de un ingreso irrestricto, la gratuidad— sino que se convirtió en un eje de movilización activa e inmediata. Además, puntos del programa histórico de la Reforma tales como la libertad de cátedra, o sea el pluralismo teórico, metodológico y político, las cátedras paralelas como garantía de ese pluralismo y la periodicidad a través de los concursos, como instrumento de renovación e idoneidad contra el inmovilismo, fueron actualizados y planteados en forma concreta.

El carácter del cuestionamiento a la enseñanza, más allá de su generalización se expresó en dos direcciones diferenciadas. La primera fue la clásica reivindicación estamental por parte de los estudiantes —compartida también por un importante número de auxiliares docentes que se incorporaron con rapidez a las movilizaciones a partir de mediados de mayo junto a egresados jóvenes—, del tipo "reforma universitaria", centrado en el reclamo de mayor calidad científica, y que se expresó con mucha fuerza en carreras orientadas hacia "profesiones liberales" como ingeniería y medicina, con contenidos propios del llamado "cientificismo" universitario, que tanta fuerza había tenido en los primeros años de la década del '60 y que se había visto abruptamente interrumpido precisamente por la aparición de la dictadura de Onganía y su intervención en las universidades. El soporte de este primer tipo de cuestionamiento a la política académica de Onganía, provino especialmente de las agrupaciones vinculadas al movimiento reformista clásico, identificadas con el Partido Comunista o con radicales y socialistas moderados (Franja Morada, Movimiento Nacional Reformista).

La segunda dirección adoptada por el movimiento en torno al cuestionamiento académico sobrepasó completamente esas posiciones, apuntando a una contestación global del sistema de enseñanza, al que se entendía como el principal vehículo de reproducción ideológica del sistema capitalista. El presupuesto teórico era una crítica integral de la división social del trabajo como forma de dominación —lo que conllevaba en forma implícita o explícita la consideración de los estudiantes como un sector "privilegiado"— y una recusación del autoritarismo no ya sólo bajo el aspecto de las formas adoptadas del sistema académico y administrativo de la universidad bajo la dicta-

dura, sino —según estos intérpretes— a todo el sistema de reproducción del saber. La universidad aparecía entonces ya no como una institución específica, con su problemática acotada, sino como parte del aparato del Estado de clases y como instrumento calificado de dominación capitalista; y la crítica a la misma y su modificación como una instancia de una lucha más general contra el ordenamiento global de la sociedad.

La situación política del movimiento estudiantil universitario, en el periodo que culmina en el Cordobazo, mostró una evidente complejidad, ya que en 1966 se había consumado la disolución del núcleo de conducción de la FUC constituida en torno a la dirección personalizada de Abraham Kozak en la primera mitad de la década. El llamado *kozakismo*, caracterizado principalmente por posiciones independientes del Partido Comunista y fuertemente influido por las ideas expresadas en la revista *Pasado y Presente*, estaba marcado por el impacto de la Revolución Cubana y las posiciones de la Tricontinental, en especial el famoso discurso de Argel de Ernesto *Che* Guevara, además de ser muy permeable a las críticas respecto de la situación en la Unión Soviética, y de la relación de ésta con el curso revolucionario latinoamericano. También el *kozakismo* significó la ruptura con la tradición "gorila", antiperonista del movimiento estudiantil cordobés, que posibilitó nuevas miradas respecto del fenómeno peronista, una apreciación positiva del mismo y el inicio de relaciones más fluidas con las direcciones sindicales. Constituyó un antecedente importante en el pensamiento y la formación de los futuros activistas del movimiento estudiantil a partir de 1968. Otro rasgo político-ideológico del momento era la debilidad del Partido Comunista y sus expresiones estudiantiles en Córdoba, definitivamente afectado por la escisión de 1963 que dio origen al grupo *Pasado y Presente*, agravada por nuevas separaciones de su militancia universitaria con ocasión de la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968.

La derrota de la movilización del '66 y las condiciones de apatía y retraimiento que siguieron en todo el '67 y en buena parte del '68 junto con la amenaza represiva, hicieron que en estos dos años se fueran constituyendo grupos clandestinos y semiclandestinos de las más diversas composiciones y propuestas, todas signadas por un apartamiento de las clásicas funciones gremiales del movimiento estudiantil, fuertemente críticas de lo que se denominaba genéricamente "el reformismo" y orientadas hacia una transformación revolucionaria de la sociedad.

Las diferencias entre los distintos grupos radicaban en discusiones acerca del *carácter* que adoptaría la revolución, sus actores, el tipo de organización política a construir como herramienta revolucionaria, la práctica de la violencia y sus posibles formas urbanas o rurales, insurreccionales o foquistas, el papel de los sindicatos y las estrategias para "recuperarlos" de la llamada "burocracia sindical". En cuanto a la universidad, la divergencia principal se situaba en el tema de si ésta constituía un campo de lucha específico, en el que cabía diferenciarse del "reformismo" y ganar a la mayoría de los estudiantes para una alianza con obreros y eventualmente otros sectores sociales en marcha al proceso revolucionario, o si simplemente la lucha estudiantil era un terreno apto para el reclutamiento de militantes y cuadros políticos que se integrarían

a las organizaciones revolucionarias extra-universitarias. Estos pequeños grupos, cuyas discusiones y actividades fueron ya significativas a finales de 1968 y comienzos del '69, se incorporaron a la gran ola antidictatorial originada en el Cordobazo y animaron la compleja y rica historia del movimiento estudiantil de los '70. Una consecuencia inmediata de los hechos del Cordobazo en el aspecto de la discusión política de la izquierda fue la realización, a comienzos de los '70, de una reunión nacional de intelectuales —en la Facultad de Filosofía—, que fue la última gran confrontación pública de las distintas líneas y teorías políticas a través de las que se expresaba la izquierda ajena al Partido Comunista, que se efectivizarían de ahí en más en la práctica directa de las nuevas organizaciones en todo el país.

A partir de la segunda mitad de 1968 se fue creando el clima intelectual que enmarcó los debates mencionados, cuyo instrumento principal fue la constitución de numerosos "grupos de estudio", que constituía el primer escalón de ingreso al nuevo activismo universitario. El universo ideológico manejado por los grupos de izquierda se centraba en una caracterización dura, socialista, respecto al tipo de revolución que se proponía, al carácter del estado y a las vías de acción, en las que influyeron decididamente lecturas de los teóricos de la dependencia como factor de interpretación de la situación relativa de América Latina influida por cierta orientación neo-trotskista, un culto leninista descontextualizado, y el foquismo guevarista como práctica para la acción directa.²³ El Movimiento Integralista, de marcada tendencia peronista y cristiana, también muy afectado por la derrota del '66, fue derivando de posiciones marcadamente anticomunistas —por ejemplo, en 1965 se enfrentó con dureza a las posturas antiintervencionistas a la República Dominicana movilizadas por la FUC *kozakista*— hacia el populismo de izquierda nutrido teóricamente por William Cooke, Camilo Torres, como así también el obispo Helder Cámara y la revista *Cristianismo y Revolución* que en definitiva es la que llevó a la radicalización de esta tendencia, que con el tiempo se expresaría en organizaciones como Peronismo de Base, la Juventud de Trabajadores Peronistas, Montoneros y otras.

Particular mención merecen los núcleos estudiantiles de la Universidad Católica y el movimiento secundario. En la primera se rompió el tradicional apoliticismo que sectores conservadores de la sociedad cordobesa —que esgrimían la disciplina de la ucc frente al "desorden" y politización de la UNC— y las autoridades académicas trataban de impregnar en los estudiantes. Surgió así con fuerza la Agrupación de Estudios Sociales —de tendencia peronista-cristiana, y muy influenciada por la encíclica *Populorum Progresio*, Medellín y los avances de la Teología de la Liberación— que vertebró la conducción de las agrupaciones estudiantiles de dicha Universidad. La masiva participación de los estudiantes en asambleas previas al Cordobazo estuvo marcada por

23.- Los autores más frecuentados en esta tendencia política eran André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos, Luis Vitale, Louis Althusser, además de algunas obras clásicas de Marx, Engels y Lenin, y la versión popularizada del marxismo-leninismo a través del manual de Martha Harnecker, la Segunda Declaración de La Habana y El socialismo y el hombre en Cuba, del Che Guevara.

posiciones fuertemente críticas a la dictadura.

En la gimnasia de lucha callejera del conflicto del '66 participaron estudiantes secundarios. Esta experiencia fue retomada en las dos semanas de mayo previas al Cordobazo, en particular en el Manuel Belgrano, la Normal Superior Garzón Agulla, el Jerónimo Luis de Cabrera, el Deán Funes y en el Industrial Cassaffousth, colegios donde se realizaron asambleas en apoyo a la movilización del 29 de mayo y repudio a la dictadura, constituyéndose en el local de LUZ Y FUERZA como una federación de estudiantes secundarios. En estas movilizaciones se destacaron activistas juveniles del Partido Comunista y de tendencias trotskistas.

Un punto polémico respecto a la actuación del movimiento estudiantil en la jornada del Cordobazo se sitúa en la supuesta negativa de los grupos y dirigentes de signo izquierdista, en particular de las facultades de Filosofía y Arquitectura y de la Escuela de Artes a integrarse a la lucha antidictatorial del día 29. Este mito fue manejado repetidamente en las polémicas políticas de los años posteriores y aún hoy —a veinticinco años de los sucesos— es utilizado con cierta intención para sesgar interpretaciones y balances, quizás ajustar algunas cuentas y, en definitiva, deslegitimar en su raíz las propuestas y actuación de esos grupos que en años posteriores tuvieron cierta incidencia en el desarrollo del *clacismo* sindical (SITRAC-SITRAM y SMATA).²⁴

La versión nació de las posiciones adoptadas mayoritariamente en la multitudinaria asamblea de estudiantes de la Facultad de Filosofía y de Artes, realizada en el teatro de la Ciudad Universitaria en la tarde del 28 de mayo,²⁵ que resolvió *participar* en las manifestaciones y actos de protesta programados para el *paro activo* del día siguiente, pero que a diferencia de la propuesta de la Coordinadora de Agrupaciones Estudiantiles en Lucha (integrada por todas las organizaciones con vinculaciones partidarias orgánicas) decidió no confluir en los puntos establecidos con las direcciones sindicales de SMATA y LUZ Y FUERZA y concurrir independientemente, unida a agrupaciones sindicales, populares y barriales autónomas.

Esta posición se explica por dos razones. La primera, por las abundantes versiones existentes en torno a la posible implementación de la movilización del movimiento obrero en proyectos varios de "golpes de recambio" a la dictadura de Onganía, planeados ya sea por sectores "nacionalistas" o "liberales" del ejército, versiones que a la luz de lo acontecido posteriormente y a los testimonios hoy conocidos no estaban totalmente reñidas con la realidad. En todo caso, lo importantes es que en el contexto de los acontecimientos tales rumores resultaban enteramente verosímiles. En segundo lugar, esta preocupación empalmaba coherentemente con el consistente rechazo a cualquier manipulación proveniente del exterior del movimiento estudiantil, a lo cual ya nos hemos referido anteriormente. Existía la convicción de un posible desarrollo futuro de un polo vagamente caracterizado en esos días como "revolucionario" y "socia-

24.- Cf., por ejemplo, la ponencia de Lucio Garzón Maceda en el simposio conmemorativo del Cordobazo, publicada en este número de *Estudios*.

25.- En *La Voz del Interior*, 29/v/1969, se publicaron fotografía y crónica de la misma.

lista", y el perfilamiento autónomo de posiciones distintivas era visto como condición necesaria para su crecimiento.

Esta posición motivó que días después, en la segunda semana de junio, se produjera la ruptura orgánica del movimiento estudiantil en una masiva asamblea realizada en la explanada del Pabellón Argentina de la Ciudad Universitaria, en la que se constituyó la Coordinadora de Estudiantes de Filosofía, Arquitectura y Artes, con la adhesión de grupos no mayoritarios de Derecho, Medicina e Ingeniería, base de la posterior formación de organizaciones tales como la Corriente de Izquierda Universitaria (CIU) y el fortalecimiento de la Línea de Acción Popular (LAP) y de los Grupos Revolucionarios Socialistas (GRS), entre otras, todas pertenecientes a lo que se denominó la "izquierda revolucionaria".

El movimiento estudiantil del '69 debe ser analizado en el marco del agotamiento histórico del proceso de la Reforma Universitaria, por superación de las condiciones objetivas de la sociedad y la universidad que le dieron nacimiento y alimentaron su desarrollo. En este sentido suscribimos el análisis de Portantiero en cuanto a que el proceso desarrollista de la década de los '60 y las modificaciones introducidas en el sistema de educación superior crearon las bases para que el activismo estudiantil rebasara las consignas históricas de la Reforma. El punto central de esta nueva actitud se fundó en el desajuste estructural entre la creciente masificación de la enseñanza superior y las dificultades cada vez mayores que enfrentaron los egresados universitarios para una inserción adecuada en el universo laboral que satisficiera sus expectativas de encontrar vías de ascenso social.

Esto cuestionó en sus raíces mismas la imagen pequeño-burguesa tradicional que estaba en el corazón de la concepción reformista en cuanto a la visualización de la universidad como vía de promoción y movilidad social ascendente. De esto se desprende que la insurgencia estudiantil de la década de los '60, y en particular después del '66, en su esencia no fue producto de una moda generacional o de una actitud propia de un modelo contestatario juvenil sino resultado de las contradicciones que incluían a los estudiantes como parte de la problemática más general de los intelectuales y técnicos en el proceso de una sociedad capitalista dependiente. En suma, se estaría frente a un profundo desplazamiento de la problemática de las luchas estudiantiles. En la Reforma Universitaria el problema se planteaba en torno a las oportunidades de participación, la pugna por su ampliación y por la integración en los canales de ascenso social. A fines de los '60 la novedad se planteó en torno a un cuestionamiento cada vez más integral que apuntaba a la crisis de función de la universidad centrada en la desvalorización creciente de la fuerza de trabajo intelectual calificada surgida de las universidades. Al problema del progresivo taponamiento de la movilidad social que había sido el sentido tradicional de las profesiones liberales clásicas e inclusive el desajuste creciente para las capacidades técnico-científicas, se sumó la inseguridad más lata en cuanto a la posibilidad de inserciones, aunque fuesen precarias, en el aparato productivo. La brecha entre las expectativas y la realidad de la integra-

ción en el aparato productivo se fue haciendo cada vez más flagrante y evidente, y contribuyó a una nueva actitud política teñida de inéditos componentes de radicalización. En paralelo, las condiciones materiales del aprendizaje se vieron afectadas por el proceso de masificación del estudiantado de la universidad. Las deficiencias de recursos —sucesivas crisis presupuestarias— implicaron una degradación de la enseñanza que también abría espacios cada vez más insalvables en las expectativas propias del modelo desarrollista-cientificista que había surgido como un complemento de la fase madura del proceso de la Reforma Universitaria desde fines de los años '50.

Como toda gran experiencia histórica la Reforma dejó signos duraderos en los procesos posteriores y dos décadas más tarde se sobrevive a sí misma defendiendo posiciones y consignas acordes con la realidad de hace ocho décadas, sin un ejercicio superador que apunte a resolver con contenidos progresistas en lo social y cultural las nuevas contradicciones planteadas en la educación superior en el nuevo contexto del país.

El movimiento del '69 surgió impulsado por las condiciones descritas, agravadas por el clima opresivo y desesperanzador de la dictadura de Onganía, de la cerrazón de perspectivas para los jóvenes, de la concepción de un "orden" y un estilo rídiculamente autoritario, visiblemente anacrónico, falta de flexibilidad y dinamismo. Onganía, haciendo del silencio y la distancia la marca ostensible del poder; Nores Martínez como rector de la Universidad, recobrando con su apellido las resonancias de lo ya repudiado y derrotado en 1918. El universo simbólico cerraba un horizonte que sólo se avizoraba como pasible de ser cambiado a través de una respuesta contestataria global. La democracia condicionada vivida entre 1958-1966, desgraciadamente se había mostrado como incapaz de integrar a la mayoría. Aparecía para un importante sector de la juventud como una forma ilegítima, desacreditada y caduca. Este fue el clima ideológico del Cordobazo en el movimiento estudiantil. Festivo, lúdico en sus excesos como una gran ofrenda del anticonsumo, antiautoritario, que conllevaba sin embargo la carga de violencia que preanunciaba lo que acontecería en la próxima década. El gran impacto del "modernismo" progresista de los '60 estuvo presente con su hálito epocal, indiscernible pero omnipresente, desde los Beatles hasta las barricadas, expresándose en el solitario saxofonista que a las cuatro de la tarde de ese humeante 29 de mayo, en un balcón de un cuarto piso de la avenida Olmos, desgranaba sus notas de jazz sobre una ciudad momentáneamente suspendida en una irreprimible, feliz, sensación de juego y libertad. ■